



do segunda vez en Smalkalde, recibieron la noticia de esta eleccion con la de algunos procedimientos judiciales que la cámara imperial comenzaba contra ellos, en virtud de sus principios religiosos, creyeron que era necesario renovar su primera confederacion y enviar, sin perder tiempo, embajadores á Francia y á Inglaterra. Francisco habia visto con toda la envidia de un rival la reputacion que el emperador se habia adquirido por la moderacion y desinterés que habia ostentado al arreglar los intereses de Italia. La nueva eleccion del rey de romanos le conmovió todavía más vivamente, y no pudo mirar sin desasosiego el feliz éxito del emperador en un intento que se dirigia visiblemente á acrecentar y perpetuar su autoridad en Alemania. Mas conoció al mismo tiempo que sería el colmo de la imprudencia empeñar en otra guerra á su nacion, agotada por los esfuerzos extraordinarios que habia hecho, y amilanada por tantos reveses antes de haber tenido tiempo de cobrar nuevas fuerzas y olvidar sus desgracias pasadas. Tampoco podia, sin ser provocado y sin pretexto, quebrantar un tratado de paz que acababa de solicitar; se habria expuesto á perder la estimacion de toda Europa, y á ser detestado como un príncipe sin honor y sin probidad. Por tanto, era un espectáculo agradable para Francisco observar facciones poderosas formarse en el imperio contra su rival. Escuchó con el mayor interés las quejas de los príncipes protestantes, y sin sostener en la apariencia las opiniones que habian adoptado acerca de la religion, resolvió fomentar en secreto estas chispas de discordia política, que podrian bien pronto acarrear un incendio general. Con esta mira envió á Alemania á Guillermo del Bellay, uno de los más hábiles negociadores de Francia, quien, visitando las córtes de los príncipes malcontentos, supo, con diferentes artificios, excitar á tiempo su enojo, y concluyó al fin una alianza entre ellos y su amo. Esta permaneció secreta y no atrajo por el momento ningun efecto visible; mas sirvió de base á una liga que fué fatal á menudo á los proyectos ambiciosos de Carlos, y que descubrió á los príncipes descontentos de Alemania, en donde podrian, en lo

venidero, encontrar un protector poderoso y dispuesto á apadrinarlos contra las tentativas del emperador.

El rey de Inglaterra, muy irritado contra Carlos porque sabia que por complacer á este príncipe el papa habia retardado largo tiempo su divorcio, y acababa al fin de oponerse á ello abiertamente, no estaba ménos preparado que Francisco á patrocinar una liga que podia degenerar en formidable al emperador. Mas el divorcio, su objeto esencial, lo metió en tal laberinto de proyectos y de negociaciones; estaba á la misma sazón tan ocupado en abolir en Inglaterra la jurisdiccion papal, que no le sobraba ningun tiempo para pensar en los negocios extranjeros. Se contentó con dar promesas vagas y remitir un mediano socorro de dinero á los confederados de Smalkalde.

En este entretanto, Carlos veia más y más que ésta no era aún la oportunidad de emplear el rigor y violencia para extirpar la herejia; que su complacencia á las ideas del papa le habia hecho ya dar un paso imprudente y precipitado, y que era mucho mayor interés suyo reunir todas las partes de Alemania, para formar un cuerpo vigoroso y bien unido, que dividirla y debilitarla por una guerra civil. Los protestantes, que podian ya hacerse temer por su número y celo que los animaba, se habian convertido todavía en más temibles por la confederacion que el decreto riguroso de la dieta de Augsbourgo les habia empeñado á formar. Envalentonados por el juicio interior de sus fuerzas, despreciaron las decisiones de la cámara imperial, y seguros de ser apoyados por los protestantes extranjeros, estaban prontos á echar brabatas al jefe del imperio. A esto se añade, que su paz con la Francia era poco sólida; no podia contar con la amistad de un pontífice irresoluto é interesado; no ignoraba que Soliman, para reparar la vergüenza y pérdidas de su última campaña, se disponia á penetrar en Austria con un ejército todavía mas numeroso. Todas estas razones, especialmente la postrera, le dieron á conocer la necesidad de un ajuste con los malcontentos, si queria preparar la ejecucion de sus designios venideros y proveer aún á su seguridad presente. Comen-



zó, en consecuencia, á negociar con el elector de Sajonia y sus asociados. La envidia mútua de estos príncipes, y la que animaba á todos contra el emperador, ocasionó grandes demoras, que alargaron todavía las dificultades innumerables que arrastra por necesidad la naturaleza inflexible de las opiniones religiosas, que no se pueden ni alterar, ni modificar, ni abandonar tan fácilmente como los asuntos de intereses políticos. Sin embargo, la negociacion se terminó al cabo, y se convino en Nuremberg en los términos de una pacificacion que se confirmó solemnemente en Ratisbona. Se estipuló en el tratado que reinaria una paz universal en Alemania hasta el concilio general, cuya convocacion el emperador procuraria proporcionar en el plazo de seis meses; que no se molestaria á nadie por causa de religion; que se cortarían los procedimientos judiciales comenzados por la cámara imperial contra los protestantes, y que se anularían y no ejecutarían todas las sentencias que hubieran dado ya contra ellos.

Los protestantes prometieron por su parte ayudar al emperador con todas sus fuerzas para repeler la invasion de los turcos. Así consiguieron los protestantes, por su firmeza en sus principios, por su unanimidad en sostener sus pretensiones, por su habilidad en aprovechar el apuro del emperador, unas condiciones equivalentes casi á la tolerancia de su religion. El emperador hizo todos los sacrificios, y ellos ninguno; ni aún se atrevió á proponerles que aprobáran la eleccion de su hermano, por importante que le fuera este negocio; y los protestantes, que no habian sido mirados hasta entonces sino como una secta religiosa, adquirieron en adelante la jerarquía y crédito de un cuerpo político que era preciso contemplar.

A poco tiempo despues Carlos recibió la noticia de que Soliman habia entrado en Hungría á la cabeza de 300.000 combatientes. Esta nueva terminó bien pronto las deliberaciones de la Dieta de Ratisbona, en donde se habia señalado ya el contingente de tropas y de dinero que cada príncipe debia suministrar para la defensa del imperio. Los protestantes, para manifestar su reconocimiento al emperador, le sirvieron

con celo extraordinario, y pusieron en campaña muchas más tropas de las que estaban obligados á dar; y los católicos, habiendo imitado su ejemplo, Viena miró juntar cerca de sus muros uno de los más floridos ejércitos que jamás se hubiesen levantado en Alemania. Despues de la agregacion de un cuerpo de tropas alemanas, españolas é italianas, capitaneadas por el marqués del Guasto, de algunos escuadrones de caballería pesada, sacados de los Países-Bajos, y de las tropas que Fernando habia reclutado en la Bohemia, en la Austria, y en sus otros Estados, este ejército ascendía á 90.000 infantes reglados, y 30.000 caballos, sin contar un número prodigioso de tropas irregulares. Este cuerpo formidable merecia tener á su frente al primer monarca de la cristiandad; el emperador quiso mandarlo en persona, y la Europa suspensa aguardó el éxito de una batalla decisiva entre los dos mayores príncipes del mundo: mas temiendo mútuamente las fuerzas y la fortuna uno de otro, se comportaron ámbos con tanta circunspeccion, que esta campaña finalizó despues de inmensos preparativos sin ningun acontecimiento memorable. Soliman, viendo la imposibilidad de alcanzar ninguna victoria sobre un enemigo siempre activo y alerta, regresó á Constantinopla hácia fines del otoño. Es de notar que en un siglo tan belicoso, en el que todo caballero era soldado y todo príncipe general, esta fué la primera vez que Carlos se presentó á la cabeza de sus tropas, aunque habia sostenido ya largas guerras, y triunfado en muchas ocasiones. No fué para él mediano honor haber osado medirse con Soliman en el primer ensayo de sus armas, y se cubrió de gloria por el éxito de sus operaciones.

Hácia principios de esta campaña falleció el elector de Sajonia, y le reemplazó Juan Federico, su hijo heredero. La reforma ganó más que perdió en esta muerte. El nuevo elector, no ménos adherido á las opiniones de Lutero que sus antecesores, tomó su puesto á la cabeza del partido protestante, y defendió con toda la audacia y celo de la juventud una causa que sus antepasados habian, por decirlo así, alimentado con toda la prudencia que puede dar la experiencia de los años.



Inmediatamente despues de la retirada de los turcos, Cárlos, impaciente de rever á España, partió para este reino, y tomó su camino por Italia. Deseaba con viveza avistarse segunda vez con el papa: se vieron todavía en Bolonia, y se trataron con las mismas demostraciones exteriores de respeto y amistad; pero no tenían ya uno con otro aquella confianza, que habia reinado entre ellos al tiempo de sus últimas negociaciones en esta ciudad. Clemente estaba muy disgustado con la conducta del emperador en Augsborg; consintiendo en el llamamiento próximo de un concilio, éste príncipe habia perdido todo el mérito que se habia hecho con el pontífice por el decreto riguroso publicado al principio contra la doctrina de los reformadores. El papa estaba todavía más ofendido de la tolerancia que la dieta de Ratisbona concedía á los protestantes, y de la promesa positiva de Cárlos de pedir un concilio. No obstante, convencido el emperador de que la celebracion de un concilio general produciría efectos provechosos, deseando además complacer á los alemanes, renovó de viva voz en Bolonia las instancias que habia mandado ya hacer al papa por medio de sus embajadores, y le estrechó á convocar sin demora el concilio. El papa se encontró muy embarazado con respecto á lo que debía responder á una súplica, que no podia negar decentemente ni conceder sin peligro. Procuró primeramente quitar á Cárlos de la cabeza esta idea; mas viéndole inflexible, recurrió á artificios, que si no podían malograr enteramente este proyecto, debían á lo ménos dejarle ganar tiempo. Bajo del pretexto plausible de que se necesitaba principiar por reglar con todas las partes interesadas el lugar de la reunion, la forma de sus procederes, el derecho de las personas que tendrían voto en ella y el grado de autoridad de sus decisiones; nombró un nuncio, que, acompañado de un embajador del emperador, fué despachado al elector de Sajonia, como jefe de los protestantes. Cada artículo de éstos hizo nacer dificultades y contestaciones interminables. Los protestantes querían celebrar el concilio en Alemania, y el papa en Italia. Ellos exigían que el texto de la sagrada Escritura sirviera sólo de regla de deci-

sion para todos los puntos contestados: Clemente daba igual autoridad á los decretos de la Iglesia y á las opiniones de los Padres y de los doctores. Ellos pedían un concilio libre, en donde los teólogos diputados por las diferentes Iglesias tuvieran derecho de sufragio; Clemente se proponía dar al concilio una forma que lo hiciera del todo dependiente de su autoridad. Había otro punto sobre el que los protestantes insistían con mayor teson; pretendían que era irrazonable querer obligarles á someterse á los decretos de un concilio antes de saber sobre qué principios se fundarían estos decretos, qué personas los pronunciarían, y cuáles serían las formalidades que se observarían. El papa respondía que sería inútil enteramente congregarse un concilio, si aquellos que lo demandaban no prometían por sí antes por una declaracion expresa atenerse á sus decisiones. Se propusieron muchos arbitrios para conciliar todos estos preliminares, y las negociaciones se alargaron tanto que llenaron efectivamente las miras de Clemente, cuyo objeto era alejar la celebracion de un concilio, sin atraerse la tacha ignominiosa de haberse opuesto solo á una disposicion que toda Europa creía tan esencialmente útil y ventajosa al bien de la Iglesia.

Había otro objeto de negociacion que interesaba al emperador todavía más que la convocacion de un concilio; era asegurar la tranquilidad de Italia. Sabía que Francisco no habia renunciado á las pretensiones que tenía en esta region sino en el último apuro, y no podia dudar que este príncipe aprovecharía el primer pretexto y la primera ocasion de recuperar lo que habia perdido. Por tanto, era preciso pensar en las disposiciones para juntar un ejército capaz de resistir á las fuerzas de este enemigo. Como el tesoro de Cárlos, exhausto con una larga guerra, no podía suministrar los caudales necesarios para mantener un ejército suficiente, probó á descargarse de este peso sobre sus aliados, y proveer á su costa á la seguridad de sus propios dominios, proponiendo á las potencias de Italia formar una liga defensiva contra todo agresor, y para este efecto levantar al primer asomo de riesgo un ejército que mantenían ellas á expensas comunes, y cuyo gene-



ralísimo sería Antonio de Leyva. Esta propuesta gustó al papa, si que por razones muy diferentes de las que le habian inspirado al emperador. Confiaba por este medio libertar á Italia de los cuerpos veteranos de tropas alemanas y españolas, que habian aterrado por tan largo tiempo á este país, y que lo tenían bajo del yugo del emperador. Se concluyó la liga, á que todos los Estados de Italia accedieron, salvo los venecianos; se arregló la suma que cada uno de los aliados debía aprontar para la manutencion del ejército; y el emperador, viéndose imposibilitado de asalariar más tiempo á las tropas, que les daban tanto recelo, consintió en retirarlas. Despues de haber licenciado á una parte y distribuido las demas en Sicilia y en España, se embarcó en las galeras de Doria, y aportó á Barcelona.

A pesar de todas las precauciones que acababa de tomar para afianzar la paz de Alemania, y mantener el sistema que habia establecido en Italia, no estaba tranquilo todavía. Recelaba, y estos temores crecían de dia en dia, que sus disposiciones fuesen turbadas bien pronto por las intrigas ó por las armas del rey de Francia. Sus celos eran fundados: la desesperacion sola y la necesidad habian arrancado á Francisco su asenso á un tratado tan desventajoso y afrentoso para él, como el de Cambray; aún al tiempo mismo que lo ratificó, habia formado ya la resolucion de no observarlo sino en cuanto fuera constreñido á ello, é hizo una protesta formal, aunque con el mayor sigilo, contra muchos artículos del tratado, particularmente contra la renuncia de todas sus pretensiones al ducado de Milan, cláusula que miraba como injusta, injuriosa para sus sucesores, y nula por sí misma.

Uno de los jurisconsultos de la corona hizo por orden del rey una protesta semejante y con el mayor secreto, cuando la ratificacion del tratado se registró en el Parlamento de Paris. Se diría que Francisco creía sin malicia que empleando un artificio indigno de un gran rey, dirigido á destruir la fe pública y confianza recíproca que sirve de base á todos los contratos entre las naciones, estaba dispensado en realidad de toda obligacion de efectuar las promesas más so-

lemnes y de cumplir sus empeños más sagrados. Desde el momento en que Francisco concluyó la paz de Cambray, deseó y buscó la ocasion de quebrantarla con impunidad. Con esta mira cultivaba con la mayor asiduidad la amistad del rey de Inglaterra, y no perdonaba á nada para contar más y más con su alianza; ponía las fuerzas militares de su reino sobre mejor pié que nunca, y fomentaba diestramente los celos y descontento de los príncipes de Alemania.

Pero lo que Francisco tomaba más á pecho, era romper la estrecha union que subsistía entre Cárlos y Clemente; no tardó en ver con satisfaccion semillas de tédio y de desvío para el emperador brotar en el alma suspicaz del pontífice interesado, y comenzó á lisonjearse que su intimidad no duraría. El papa no podía perdonar al emperador su decision á favor del duque de Ferrara. Francisco exageró la injusticia de este procedimiento y dió á entender al papa que podría encontrar en él un protector tan poderoso y más imparcial; y como Clemente oía con desasosiego las importunas instancias de Cárlos para empeñarlo á convocar un concilio, Francisco tuvo el arte de crear obstáculos para diferir este llamamiento, y se esforzó á impedir á los alemanes, sus aliados, insistir con tanta obstinacion sobre este punto. Cooperando en parte al engrandecimiento y elevacion de la familia de Médicis, era como Cárlos habia tomado sobre el papa tan grande ascendiente. Francisco presentó el mismo cebo, ofreciendo casar á su segundo hijo Enrique, duque de Orleans, con Catalina, hija de Lorenzo de Médicis, primo de Clemente.

El emperador, al saber las primeras declaraciones de este himeneo, no pudo persuadirse que Francisco quisiera sériamente envilecer la sangre real de Francia con un entronque con Catalina, cuyos abuelos eran algun tiempo antes simples ciudadanos y negociantes de Florencia; creyó que esta propuesta no tenía otro objeto que adular y entretener la ambicion del pontífice. Juzgó, por lo tanto, deber trabajar en borrar la impresion que habria podido hacer en su alma una oferta tan deslumbradora, y para ello prometió romper el matrimonio que



se había determinado entre su sobrina, hija del rey de Dinamarca, con el duque de Milan, y sustituir á Catalina en su lugar. Mas los embajadores de Francia, habiendo presentado contra toda espectacion el pleno poder de que estaban autorizados para concluir los artículos del casamiento de Catalina con el duque de Orleans, el arbitrio de Cárlos no tuvo ningun efecto.

Clemente se complació tanto de un honor que realzaba tan fuertemente la brillantez y dignidad de la casa de Médicis, que ofreció dar á Catalina por via de dote la investidura de muchas tierras considerables de Italia; pareció aún dispuesto á hacer valer sus antiguas pretensiones acerca de algunos Estados de dicho pais, y consintió en un abocamiento con este monarca.

Cárlos se valió de todos medios para estorbar una conferencia, cuyo objeto y resultado era creible que no le favorecerian. Este príncipe, que había tenido dos veces la complacencia de ir á visitar al papa, no podía consolarse de ver á Clemente dar á su rival una demostracion tan singular de distincion como la de emprender un viaje por mar, en estacion nada favorable, para ir á visitar á este monarca á su propio reino. Mas la impaciencia de concluir un parentesco brillante ahogó todos los escrúpulos de orgullo, de temor y de envidia, que habrian detenido á Clemente en cualquiera otro lance. A pesar de todos los pasos que hizo dar el emperador, el abocamiento que temia se verificó en Marsella con extraordinaria pompa, y se dieron de una parte y otra los mayores testimonios de confianza; el matrimonio, que por la ambicion y talento de Catalina fué con el tiempo tan funesto á la Francia como indecoroso era entónces para ella, se consumó al cabo. El papa y Francisco acordaron juntos muchas disposiciones á favor del duque de Orleans, y su padre ofreció abandonarle todos sus derechos con respecto á Italia: mas todo pasó á solas, y evitaron con tanto cuidado ofender al emperador, que no concluyeron ningun tratado; aun en el contrato matrimonial, Catalina renunció á todos sus derechos y pretensiones en Italia, á excepcion del ducado de Urbino.

En el tiempo en que Clemente negociaba aún con el rey de Francia, y formaba con él aquellos enlaces que causaban tanto recelo al emperador, dejaba á Cárlos dirigir á su gusto todo el asunto del divorcio del rey de Inglaterra, y se mostraba tan inclinado á satisfacerle en este particular como si la más íntima union reinára todavía entre ellos: ¡tan naturales le eran la mala fe y la doblez! Había ya cerca de seis años que Enrique solicitaba este divorcio, y el papa había pasado estos seis años en negociar, en prometer, en retractarse y en no concluir nada. Se podria admirar que un príncipe de carácter tan impetuoso é irascible hubiera podido aguantar tantos plazos y sinsabores: así que, habiéndose apurado su paciencia, acudió á otro tribunal para alcanzar el decreto que había solicitado en vano en la córte de Roma. Cranmer, arzobispo de Cantorbery, por una sentencia fundada en la autoridad de las universidades, de los doctores y de los rabinos, á quienes se había consultado esta cuestion, anuló el casamiento del rey con Catalina, declaró ilegítima la hija, fruto de él, y reconoció á Ana de Boulen por reina de Inglaterra. Desde este momento Enrique paró de hacer su córte al papa; comenzó á no hacer caso de él, aun á amenazarle, y á probar innovaciones en la Iglesia, que él había defendido antes con tanto celo.

Clemente, que había visto ya á tantas provincias y reinos separarse de la Santa Sede, temió al fin que la Inglaterra imitara su ejemplo. El interés que tenia en prevenir este golpe fatal, junto á su deferencia á las instancias del rey de Francia, le determinó á dar á Enrique todas las satisfacciones que juzgó propias á retenerlo en el gremio de la Iglesia. Mas la violencia de los cardenales adictos al emperador no dió al papa tiempo de ejecutar esta juiciosa resolucion, y le precipitó en un paso imprudente que fué funesto á la Santa Sede: se le obligó á publicar una bula que anulaba la sentencia de Cranmer, confirmaba el matrimonio de Enrique con Catalina y declaraba á éste príncipe excomulgado, si no dejaba á su nueva mujer en un plazo prescrito, para recobrar la que había abandonado. Irritado de este decre-



to, que estaba distante de esperar, no guardó ya ningun miramiento con la córte romana: sus súbditos ayudaron su resentimiento y participaron de su indignacion.

El parlamento pasó un acta que abolió el poder y jurisdiccion del papa en Inglaterra, y declaró por otra al rey jefe supremo de la Iglesia anglicana, y revestido de toda la autoridad de que se despojaba á aquél. Este vasto edificio de la dominacion eclesiástica, levantado con tanto arte, y cuyos cimientos parecian tan profundos, vino á tierra en un momento desde que no fué apoyado ya sobre la veneracion de los pueblos. Enrique, por una extravagancia propia de su carácter, continuó en defender la doctrina de la Iglesia romana con el mismo calor con que atacaba á su jurisdiccion. Persiguió alternativamente á los protestantes y á los católicos: á los primeros, porque desechaban las opiniones de la Iglesia romana; á los segundos, porque desconocian á su autoridad civil: mas sus súbditos, habiendo tenido la libertad de entrar en un nuevo camino, no juzgaron á propósito pararse en el término preciso que les señalaba. Alentados por este ejemplo de su rey á romper una parte de sus trabas, estaban tan impacientes por libertarse de ellas enteramente, que se hizo en el reinado siguiente, con aplauso general de la nacion, una separacion total de la Inglaterra y de la Iglesia de Roma, tanto en los puntos de doctrina como en las materias de disciplina y de jurisdiccion. Alguna demora más hubiera podido ahorrar á la silla de Roma las consecuencias funestas de la desajuiciada disposicion de Clemente. A poco tiempo despues de la sentencia que había dado contra Enrique, cayó en una enfermedad de languidez, que minando por grados su constitucion, puso al fin término á su pontificado, el más desgraciado por su larga duracion y por sus efectos, que la córte de Roma hubiese visto desde muchos siglos. El día mismo que los cardenales entraron en cónclave, ensalzaron al trono papal á Alejandro Farnesio, dean del Sacro Colegio y el más antiguo de los cardenales, el cual tomó el nombre de Pablo III. El pueblo de Roma manifestó los mayores enajenamientos de alegría al saber esta promocion.

Estaba embelesado de ver la tiara adornar la cabeza de un ciudadano romano despues de un intervalo de más de un siglo. Los hombres más capaces auguraron favorablemente de su gobierno: fundaban su juicio en la experiencia que había adquirido en cuatro pontificados, y en el carácter de prudencia y de moderacion, que había mantenido constantemente, y en una época de turbulencias y de crisis que pedía á un tiempo talentos y habilidad.

Es verosímil que la Europa debió la continuacion de la paz á la muerte de Clemente. Aunque no queden en la historia ningunas huellas de una liga concluida entre Francisco y él, no es dudable que había auxiliado las operaciones de las armas francesas en Italia. Su ambicion no había resistido al gusto de ver á su familia dar un señor á Florencia y otro á Milan; más la eleccion de Pablo III, que había permanecido hasta entónces adicto constantemente á los intereses del emperador, puso á Francisco en la necesidad de suspender por algun tiempo sus operaciones, y de diferir todavía la ejecucion del designio que había formado, de comenzar las hostilidades contra Cárlos.

Mientras que Francisco espiaba la oportunidad de recomenzar una guerra que había sido hasta entónces tan fatal á sus vasallos como á él mismo, acaecia en Alemania un suceso de naturaleza singularísima. Entre muchos efectos saludables de que la reforma fué causa inmediata, produjo algunos otros enteramente opuestos: esto es una fatalidad inevitable en todos los negocios y en los acontecimientos de los hombres. Cuando el corazon humano, conmovido por grandes objetos, es agitado por pasiones violentas, adquiere de ordinario en sus operaciones una superabundancia de fuerza que lo precipita en desbarros y extravagancias. En toda revolucion de entidad que sucede en la religion, estos descarrios son más frecuentes, sobre todo en este período en que los hombres, sacudiendo el yugo de sus antiguos principios, no conciben todavía claramente la naturaleza del nuevo sistema que abrazan, y no poseen un juicio distinto de las obligaciones nuevas que les impone. Entónces el entendimiento marcha siempre adelante, con la misma audacia que le